

Pascua Florida

Como quien sale de escuchar por dentro
—en cárcel, ciego, desastrado—
y entra en la lumbre cenital del coro.

Como quien fue parido con memoria
dentro de sí de nuevo, bien nacido
voy jovialmente, y en mi piel gastada.

Así llegó al ayuno, al indigente,
al cuaresmal atónito, la regia
boca que nombra el fuego, la anunciada
Pascua, la señal ineludible
de la resurrección: la regidora.

Amaneciendo, son festivos
los cuatro cirios establecedores
del lugar de mi cuerpo; trasmutadas
se alegran las campanas lúgubres,
y el bautismo y la boda echan a vuelo,
al clarear, la peña del sepulcro.

La carne alumbra coronada
de olientes flores amarillas, de morados
licenzos vestida, de frutal incienso.

Y tú madre, y tú hija, y tú señora
la enamorada, yo el desenterrado,
casa tienes en mí, vida guardada,
templo viviente, pan eterno.

Y florece de júbilo la alcoba
con su sensual planeta a cuestras, y estrenadas
dan su flor las sábanas nupciales
de tu cama, y santa y floreciente
la lengua puerperal sabe a tu vino,
y lustral de tus pechos mana leche
florida. Trenza pura, primavera.

Sacramental aroma, abril del viejo;
vencida calle amarga, gozo;
amargoso alimento del reunido.

Y qué si el rostro carcomido por fuera
duele, y se rajan de salitre
superficial los huesos de la mano
que tocas, y si dentro del espejo,
sacerdotal, sin nombre propio,
diente con diente brilla el hueso riéndose.

Rubén Bonifaz Nuño